

SEMBLANZA DEL PROF. DR. D. SEBASTIAN MIRANDA ENTRENAS
CON MOTIVO DE LA IMPOSICION DE LA ENCOMIENDA
DE ALFONSO X EL SABIO

por el Prof. Dr. Manuel Medina Blanco

Magfco. y Excmo. Sr. Rector, Excmas. e Ilmas. autoridades,
Claustales Universitarios, Señoras y Señores:

La semblanza o glosa que se me encomienda en el acto que venimos a consagrar con nuestra presencia, encierra para mi serias dificultades, por supuesto inferiores siempre a las satisfacciones, - que se derivan de hechos contrapuestos que no resulta fácil ensamblar. De un lado exponer sucintamente toda la dignidad y grandeza de una vida universitaria, con la ponderación y rigor que exigen el día y la Institución, que no permiten desenvolverse en el campo superlativo y ditirámico y de otro mi honda y antigua relación personal, como discípulo y amigo, casi tan vieja como nuestra vida, proclive, por demás, a lo subjetivo. Hecho, este último, que ha possibilitado conocer juntos, casi al dedillo, los entresijos docentes y profesionales de los pasados 45 años, a lo largo de un amplio camino de colaboración, de amistad y de comunidad de muchos sentimientos, que hacen aparentemente impracticable un juicio que, aunque sereno y reflexivo, sea técnicamente desapasionado. Pese a que aquellos condicionantes van a limitar formalmente lo que normalmente dictaría espontáneamente mi corazón, voy a tratar de dibu-

jar con realismo objetivo los trazos que perfilan la silueta, la caricatura del Prof. Miranda como tal, sin que naturalmente pueda eludir sus aspectos humanos, que tanto he cultivado y cultivo, dentro y fuera de la docencia.

Son, creo yo, hechos suficientemente conocidos que inició su labor docente universitaria en 1.930, que ha mantenido, ininterrumpidamente durante 48 años. Pasando por todos los escalones profesionales hasta alcanzar la titularidad de la Cátedra de Microbiología en 1.947, cargo que ha venido sirviendo puntualmente hasta 1.978, fecha de su jubilación.

En una telegráfica y por tanto apretada síntesis de su vida fecunda —son 48 años que no caben en el enteco espacio de unas líneas— son hitos notables de su curriculum, su ejemplar dedicación al magisterio universitario, su capacidad formativa e inductora, —que llenó de titulares distinguidos la enseñanza, la investigación, la sanidad animal y la microbiología y el relieve de sus aportaciones científicas en los campos de su especialidad y en los de la patología parasitaria e infecciosa. Pero lo que ha de subrayarse, —por encima de todo, es que en el quehacer de enseñar, que es primario y fundamental, en el camino de preparar y desbrozar los senderos del saber, una de las más hermosas tareas docentes y —para la que no todos están dotados, el Prof. Miranda, ha hecho gala de una soberana capacidad de síntesis, claro contraste con laboriosas e intrincadas disertaciones de oscuridad culterana, tantas veces manejadas, que limitan la capacidad de recepción, almacenamiento y crítica del discente. De su magisterio se obtuvo, cada día, un resumen de conocimientos actualizados, que tanto faltan, no pocas veces, en las farragosas elucubraciones de los eruditos.

Ha ocupado en la historia y desarrollo de la microbiología veterinaria un lugar de excepción, que por testigo y actor pasivo, —no me resisto a subrayar.

Procedente de esa generación que hizo posible, a partir de 1.939, la urgente tarea de la continuidad de la enseñanza superior, en el único faro docente que durante tantos años alumbró, —

en exclusiva, nuestro horizonte provinciano, fue en ello fermento, motor y guía señero. Formó parte de ese grupo heróico de docentes, en su abrumadora mayoría ausentes ya, que, en todos los niveles, echaron sobre sus hombros la tremenda responsabilidad de enseñar todo, sin tener nada. Ni medios materiales, ni libros, ni información, que se depuraba hasta límites anecdóticos, ni posibilidades de realizar metodologías docentes en grupos reducidos, que tan felices resultados proporcionan cuando no se emplean para — exhibicionismos o protagonismos, tan prodigados en no pocas ocasiones. Sólo habiendo vivido aquel panorama se pueden justipreciar los medios y condicionantes actuales, pese a su conocida y divulgada limitación y advertir su anticipación a configurar su enseñanza teórica y práctica con seminarios reducidos al laboratorio, donde todos estudiábamos al mismo tiempo, en fraterna utilización de análogas fuentes.

Su magisterio se configuró en una postguerra muy difícil, llena de lagunas profundísimas y de retrasos bibliográficos lamentables. En aquellas circunstancias asistí y participé en el insólito — trabajo de la búsqueda y captura de fuentes de información, solventes y novedosas, y en la crítica y selección de las mismas. Proceso de consulta y trabajo de excepción en un mundo que no conocía entonces otra cosa que el libro de texto, oficial y magnificado, para el que la depuración o contrastación de sus verdades era ya heterodoxia punible.

Su capacidad privilegiada de síntesis y su competencia fueron el punto de partida del primer cuerpo de doctrina que, recogido — por sus alumnos, ha informado nuestra Facultad durante más de 20 años de su historia. Cuerpo de doctrina que solo conoció de referencia y en cuya multiplicación y distribución jamás intervino, — insólita expresión de honestidad, poco común en aquellos tiempos.

Su clase entonces y el seminario de laboratorio, en el que fui uno de los honrados y en el que le habían educado sus inolvidables maestros profesionales con el coloquio abierto, adquirió dimensiones que hoy resultarían a veces incomprensibles en nuestra Institución, tan atacada como poderosa, tan denostada como necesaria

tan vilipendiada como activa y en los que el análisis y la crítica, - con más medios de consulta y contraste, no encuentran tantas veces, las dimensiones de excepción que entonces tuvieron.

Fiel y asíduo a su diaria cita puedo asegurar que jamás sus - alumnos le pusieron falta y que su "estricta, exacta" puntualidad - matutina lo calificó certeramente a lo largo de su vida activa, en el argot estudiantil.

Maestro preciso, concreto, claro y terminante, supo, certe- ro, descubrir e inculcar vocaciones, que garantizan la permanencia de una escuela que por supuesto jamás manejó tribunales ni tuvo acceso a otras fuentes de poder que no fuesen el rectilíneo camino del trabajo, del esfuerzo materializado, en penetración aguda en los campos de su especialidad.

Los cuerpos profesionales de todos los niveles y por supuesto los docentes están llenos de sus discípulos que, dentro de una variada gama de especialidades, no cesan de recordar su vigorosa - personalidad, su exigencia y rigor inquisitivo de conocimientos, - sus fundamentados razonamientos y explicaciones y su peso y proyección en el conjunto de verdades específicas, en las que sin duda fue pionero destacado.

Creo que, a vuela pluma o máquina rápida, he destacado sus virtudes esenciales como docente. En su origen y en su dinámica, en el seno de una ecología poco favorable. Pero no me resisto a - tocar las humanas, que tan cerca he vivido y que han anudado, con respeto y veneración, amistad poco frecuente.

Bajo el aspecto, a veces imponente, de su humanidad, reacia a toda suerte de protagonismos, se esconde, en un esfuerzo soberbio de prestidigitación, disfrazada, a veces, de dureza, un equili- brio perfecto de pureza, de honestidad y de fidelidad, consigo mis- mo y hacia los demás. A lo largo de esas casi cinco décadas ni su pensamiento, ni su sentido de la justicia ni sus anhelos por un mun- do distinto y mejor cambiaron. Insensible a las atracciones del - protagonismo y de sus prebendas supo mantener su línea sin entrar siquiera en el ruedo de las tentaciones. Ahí está hoy su vida, co- mo ejemplo, refugiado en su honrosa y exclusiva condición de cate

drático, testigo permanente del rodar histórico de tantas ambiciones y cambios de todo tipo, sin otro patrimonio que su honestidad, que su fidelidad. En fin, de su superioridad sobre arribismos y posibilismos. Donde siempre estuvo. En la justicia de su equidad, en la línea de su ascendencia, cargada de honor y de modestia. Como un faro encendido que todavía alumbraba, que todavía enseña. Y que todavía testifica, lo que a veces estorba o incomoda.

Y que, juglar de su especialidad en esta Córdoba nuestra, — donde ese ayer doloroso y difícil, ha entrado en el empíreo, en el parnaso de su jubilación, cuando sus aptitudes y sus condiciones no han dejado de generar ese fluído impalpable y deletéreo de su — verbo, rotundo y enseñante.

Liberado de la docencia activa sigue transmitiendo sabiduría — y mensajes, que ya no están cautivos de la temática de un programa, sino que descolgando la cítara de su árbol, interpreta, para quienes lo cultivan a cada paso, la espléndida sinfonía de su ejecutoria, de su ecuanimidad, de su prodigiosa memoria. Quizá esa sinfonía que se quedó esperando, la que alargó y pospuso la vida que solo le permitió trabajar para los demás, interpretar la música de otros.

Hoy, por fortuna, los hombres nos permiten ofrecerte en vida, un blasón que añadir a tu límpida historia. Que no necesitas — porque lo tienes en el corazón de los que te escucharon. De los — que saben valorar tu esfuerzo en aquel páramo paupérrimo, de los que más allá de las viejas formas y viniendo del polvo y del humo, dejando atrás el trágico tañido de las campañas, con aire viejo y cansado, victoriosos o derrotados, llegaron hasta tí y a quienes, como Anteo, supiste recuperar y fundir juntos en un nuevo quehacer. En el de hacerse hombres, respirando y adivinando el latido y el progreso de fronteras cerradas, poniendo en pie a quienes — casi estuvieron de rodillas, iniciando una nueva etapa y unos modos que han quedado como huella y como surco siempre abierto a fecunda semilla. Artífice de buril señero, sin retórica infusa, supiste modelar unas líneas, un espacio, unos métodos y unos niveles de exigencia. Lo que es bastante. Porque ahí están ejemplares y vivas todavía.

Y alcanzar, como decía Marañón, la gran gloria de cada día, sin sospecharlo siquiera, en los años oscuros de esfuerzo y de lucha. Y en la habitual sencillez de costumbres, en la noble dignidad del porte, en la firmeza diaria de tus virtudes, como señalaba Menéndez Pidal. En profesar, en fin, la religión del esfuerzo, de la constancia, de la dedicación.

Esta distinción y el acto son jalones de oro que abren otra etapa de descanso activo, en la que mi voz de discípulo permanente te lleva el afecto de los que se formaron a tu lado, bajo el pabellón de tu magisterio. En el que has logrado plenamente lo que Rudyard Kipling señaló como alquimia y esencia del ser humano, que has cumplido y transmitido... "Porque has sabido guardar en tu puesto la cabeza tranquila, esperar sin fatiga en la espera, engañado no engañas, al hablar no exageras lo que sabes y quieres. Has logrado que se sepa la verdad que has hablado, has sabido volver al comienzo, tantas veces, de la obra perdida, en que nadie que te hiera llegue a hacerte la herida, en lograr que tus nervios y tu corazón te asistan"...

Esa es tu ejecutoria y esa es, en esencia, lo que la Orden del Rey Sabio dispone al premiar servicios relevantes a la cultura en el ejercicio y promoción de la enseñanza y de la investigación, MAESTRO, con mayúscula, y viejo amigo.